

www.elboomeran.com

David Trueba

Madrid 1987



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Joaquín Risueño

© David Trueba, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7244-6

Depósito Legal: B. 14093-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Después de seis años en el gobierno, las patillas de Felipe González comenzaron a blanquear y la pana fue definitivamente arrumbada. Asentado en el poder con la segunda mayoría absoluta, en vista de que el socialismo no le iba a tocar el trigémimo a ningún banquero, a ningún obispo, a ningún empresario, salvo al loco carioco de Rumasa, los que habían refugiado el dinero bajo las montañas nevadas de Suiza perdieron el miedo a los rojos, comenzaron a relajarse, regresaron a casa con las sacas y a partir de ese momento comenzó la cultura del pelotazo.

España estaba todavía estremecida por el atentado de ETA en Hipercor, que causó 21 muertos y decenas de heridos, pero en los bailes de verbena y chiringuito sonaba «Los pajaritos» de María Jesús y su acordeón. Entre el desencanto y el pelotazo, España cambió de piel aquel verano de 1987.

«Verano de 1987», artículo de Manuel Vicent,
El País, 14 de agosto de 2011

Una radio lejana repasa las noticias del día.
Corresponden al 18 de julio de 1987. Sábado.
Y seguramente hablan del aún cercano atentado de Hiper-
cor o del caso Irán-Contra.
De Reagan y Margaret Thatcher, de las primeras investiga-
ciones sobre los GAL.
También de la crisis en los países del Este y, como siem-
pre, de la inflación.
Y de Telefónica, aún estatal, con sus cincuenta mil millo-
nes de pesetas de beneficio anual.

Un café al mediodía en el centro de la ciudad.
Hay unos enormes ventanales que dan a una calle concu-
rrida.
Hay alguna mesa ocupada, pero no es, ni de lejos, la hora
punta.
En una mesa del fondo, aislado de todos y de todo, está
MIGUEL.
Tiene sesenta años, melena algo anacrónica y patillas.
Con el cigarrillo en la comisura de la boca.

El pelo mojado hacia atrás, negro, con algunas canas.
Unas gafas cuadradas de pasta negras de alta graduación,
que le esconden los ojos.
Pero no restan a la mirada la intensidad de un entomólogo
entre el humo de cigarro.
Una mirada irónica, distante, de maldito con sorna.
No es un hombre guapo, pero ser famoso le hace interesante.
Escribe a máquina sobre la mesa del café.
Lo hace con dos dedos pero a enorme velocidad.
Escribe un artículo para el periódico.
De vez en cuando, raramente, relee algo escrito y se separa
el cigarrillo de la boca.
Tiene el *ABC* y *El País* posados en la mesa al alcance de la
mano.
Un camarero aceitoso, sin preguntar, le retira la taza de
café ya consumida.
Y le pone otro café idéntico, solo y corto, y un vaso bajo
de whisky.

MIGUEL

¿Ya son y media?

Pero no espera respuesta, ha consultado su propio reloj.
Hace calor, ese calor de julio en Madrid, seco como un la-
drillazo en la sien.

CAMARERO

A las nueve ya teníamos veinticinco grados. O sea es-
pérese un día de esos en que las papeleras se derriten.

MIGUEL

No digas esas cosas tan poéticas, coño, que me contagias. Y luego me sale un artículo lírico, de domingo. De esos que le sacan la lagrimita a las viudas.

CAMARERO

A mandar don MIGUEL.

MIGUEL

Exacto, diga usted las bobadas de camarero. Y yo diré las bobadas del articulista, como hacemos siempre.

Sin esperar respuesta, ha vuelto a teclear con aire inspirado.

Al terminar una hoja la posa en la mesa y mete otro folio en el rodillo.

Por el ventanal ve llegar a ÁNGELA.

ÁNGELA tiene diecisiete o dieciocho años.

Lleva el pelo recogido en una cola de caballo y tiene gafas finas y ovaladas.

Parece una estudiante universitaria de primer curso y de hecho lo es.

Tiene formas, que esconde bajo una camisa amplia y fresca.

Lleva pantalones vaqueros de aquel corte horrible de los ochenta.

Las sandalias recuerdan que ha empezado el verano.

MIGUEL la mira por cada una de las ventanas, según las va atravesando.

Hasta que llega a la puerta giratoria y la empuja y entra en el café.

Él espera que ella lo localice sin hacer ningún gesto.
Como si disfrutara más mirándola sin ser visto.
Ella sonrío al encontrarlo y camina hacia la mesa.
Se ha recolocado el bolso al hombro, en un gesto nervioso.
Separa la silla frente a él y se sienta tras ser invitada a ha-
cerlo, tímida e incómoda.
Cuelga el bolso en el respaldo de la silla.

MIGUEL

Has atravesado el café como una gacela. Totalmente fue-
ra de sitio entre toda esta vulgaridad.

ÁNGELA

Así que es verdad que escribe siempre aquí.

MIGUEL

No siempre. *Siempre* es una palabra peligrosa. ¿No te
parece?

ÁNGELA

No sé...

MIGUEL

Las palabras que parece que obligan a algo son siem-
pre mentira. A nadie le obliga una palabra. No te fíes
de las palabras. Parecen una cadena, pero se rompen
así.

Y MIGUEL hace el gesto de romper con suma facilidad unas
esposas invisibles.

ÁNGELA

No me fiaré.

MIGUEL

Pídetelo algo, ya termino.

MIGUEL vuelve a teclear en la máquina, aislándose de nuevo.

Bebe un trago de café y luego un sorbo de whisky.

Ha encendido otro cigarrillo de su paquete de Ducados.

Cuando el CAMARERO se acerca, ÁNGELA le pide, casi en un susurro:

ÁNGELA

Una Coca-Cola.

ÁNGELA, nerviosa, repara en el folio escrito, sobre la mesa de mármol.

Lo toca levantando la plana llena de letras que estaba boca abajo.

ÁNGELA

¿Puedo?

MIGUEL

El lunes.

ÁNGELA

¿No le da miedo escribir con dos días de antelación?

MIGUEL

Antes podía morirse Franco. ¿Pero ahora? Incluso si matan al Papa todo sigue igual. Mientras los bancos abran... Cuando dimitió Suárez, en el 81, yo había escrito un artículo sobre la raya del pelo que llevaba. ¿Te acuerdas la raya tan perfecta?

ÁNGELA hace un gesto de asentimiento.

Olvidar esa raya del pelo del presidente Suárez sería como olvidar dónde vives.

MIGUEL

Dije que la raya se estaba tan quieta porque tenía miedo que la cesaran o la mataran o vete a saber a qué cosas le temía aquella raya del pelo. ¿Crees que cambié el artículo después de que se supiera que dimitía? Hasta me llamó el director del periódico. «¿No cambias el artículo?, te damos más espacio si quieres.» «Está bien como está», le dije. Y así se quedó. Años después me lo dijo el propio Suárez, «el día que dimití el artículo que más me llamó la atención fue el tuyo, MIGUEL, el de la raya del pelo». Supongo que fui el único que no le asestó una necrológica por la espalda.

El CAMARERO le ha servido la Coca-Cola a ÁNGELA mientras MIGUEL hablaba.

Ella ha bebido un traguito muy corto.

ÁNGELA

¿Se llevaba bien con él?

MIGUEL

Cuando uno escribe en los periódicos todos los días desde hace veinticinco años no se lleva bien ni con su sombra. Te soportan, y punto. ¿Te puedo robar un trago?

ÁNGELA estaba bebiendo de nuevo y le tiende su vaso de Coca-Cola.

Él gira la boca del vaso para beber por el lugar exacto en el que ella puso sus labios.

Es un gesto provocativo, pero no subrayado.

MIGUEL

El doctor Bramón, mi médico, me ha prohibido la Coca-Cola. Me ha prohibido la Coca-Cola, el café, el whisky y el tabaco.

ÁNGELA

Veo que no le hace mucho caso.

MIGUEL

Exactamente al veinticinco por ciento. Así cuando me muera la culpa estará un poco repartida. Ése es un buen final. «El médico me ha prohibido la Coca-Cola. Pero no me ha prohibido las chicas que beben Coca-Cola.»

Lo va diciendo con la cadencia con que lo teclea en la máquina.

Y saca el folio que da por concluido el artículo.